

mente agradable; tiene algo de fascinador y de melancólico que atrae hacia él á pesar de todas las prevenciones. Mis hijas le quieren mucho y su bondad para ellas es grande, pero al mismo tiempo muy juiciosa. Consideraré el tiempo que he pasado junto á él como uno de los más agradables y de los más interesantes períodos de mi vida. En la emperatriz hay también mucha seducción, y á todos nos encantó.»

Volvamos ahora á Crimea. Durante la residencia de la reina en Saint-Cloud, el *Moniteur* había publicado una carta, fechada el 20 de agosto, que el emperador dirigía al general Pelissier para felicitar á las tropas por la victoria de Traktir. He aquí su contenido: «La gloria alcanzada en Oriente ha conmovido á vuestros compañeros de armas en Francia, que arden todos en deseos de compartir vuestros peligros. Con el doble objeto de responder á su noble aspiración, proporcionando al mismo tiempo reposo á los que tanto han hecho ya, he ordenado al ministro de la Guerra que todos los regimientos que han quedado en Francia vayan poco á poco á reemplazar en Oriente á los que allí se hallen. Ya sabe usted, general, cuánto me he lamentado de verme lejos de ese ejército que comunicaba mayor brillo á nuestras águilas; pero hoy mi sentimiento disminuye, porque me hace entrever el triunfo próximo y decisivo que debe coronar tantos esfuerzos.»

La hora del desenlace se acercaba.

XLIV

LA TOMA DE SEBASTOPOL

Las obras de los franceses han llegado á cuarenta metros del baluarte Central, á treinta del baluarte del Mástil y á veinticinco del recinto que rodea la torre de Malakoff; y las de los ingleses á doscientos metros del Gran Redán. El general Pelissier y el general Simpson consideran que ha llegado la hora del asalto, y éste se verificará el sábado 8 de septiembre de 1855, á mediodía.

A la derecha, las tropas del segundo cuerpo de ejército francés, al mando del general Bosquet, atacarán Malakoff, la Cortina y el Pequeño Redán (llamado también Redán del Carenero).

En el centro, los ingleses atacarán el Gran Redán.

A la izquierda, el ataque del baluarte Central y del del Mástil está reservado para el primer cuerpo de ejército francés, mandado por el general de Salles, y una división sarda.

El punto más importante que se ha de conquistar es Malakoff: si se vence aquí, aunque haya fracaso en todas las demás partes, no habrá remedio para Sebastopol.

El frente de Malakoff mide trescientos cincuenta metros de longitud por ciento cincuenta de anchura. Sus parapetos tienen más de seis metros de relieve sobre el suelo y delante de ellos hay un foso de seis metros de profundidad por siete de anchura. Esta inmensa ciudadela de tierra, que llaman Malakoff, está armada de sesenta y dos cañones de diversos calibres; en la parte anterior se halla protegida por el parapeto la torre de Malakoff, de la que los rusos no han conservado más que el piso bajo, provisto de almenas, y la obra se une por la Cortina con el Pequeño Redán.

Malakoff es la llave de Sebastopol: si se consigue ocupar esta obra defensiva, los rusos no podrán defender ya el arrabal de Karabelnaia; las comunicaciones de la ciudad con el Norte de la rada quedarán cortadas, y la resistencia no será ya posible.

A la 1.^a división del 2.^o cuerpo de ejército está reservado el honor de atacar Malakoff: tiene por jefe al general Mac-Mahón, llegado hace poco á Crimea, donde ha reemplazado al general Canrobert á la cabeza de esa división, que será apoyada por los zuavos de la guardia imperial.

La división Dulac y la de La Motterouge, pertenecientes ambas al 2.^o cuer-

po, atacarán, la una el Pequeño Redán, y la otra la Cortina, apoyádoles los tiradores y los granaderos de la guardia.

En un pequeño reducto construido sobre un túmulo contiguo al cuartel general del 2.º cuerpo, el general Bosquet reúne el viernes, 7 de septiembre, á todos los generales que están á sus órdenes, así como á los jefes de artillería é ingenieros, y les explica con gran precisión los planes del día siguiente. «Por primera reserva, dice al general Mac-Mahón, le daré á V. la vigorosa brigada de Wimpffen, compuesta de soldados aguerridos en las trincheras; y para rechazar á última hora los ataques del enemigo si insiste en ellos, tendréis los zuavos de la guardia, esos veteranos del ejército de Africa, que se dejarán matar hasta el último antes que abandonar al enemigo esta conquista de la 1.ª división.» (Al día siguiente, de seiscientos veintisiete hombres, los zuavos de la guardia sufrirán la pérdida de trescientos once entre muertos y heridos.) Las palabras de Bosquet son aplaudidas con entusiasmo, y por todas partes se grita: «¡Contad con nosotros, mi general!»

Sábado, 8 septiembre de 1855. El tiempo está nebuloso, y hay mala mar, soplando un viento Noroeste que impedirá á los buques ingleses y franceses abandonar su fondeadero para tomar parte en las operaciones.

A las ocho los ingenieros arrojan sobre Malakoff dos toneles de pólvora de cien kilogramos que estallan al punto y además hacen volar tres hornillos de quinientos kilogramos, á fin de romper las galerías de los mineros rusos, tranquilizando á los franceses que saben que el suelo está minado.

A la misma hora el 2.º cuerpo toma las armas. La orden del día del general Bosquet en la cual anuncia que se va á dar el asalto, termina así: «Será un asalto general, ejército contra ejército, y se trata de coronar las jóvenes águilas de Francia con una inmensa y memorable victoria. ¡Adelante, pues, hijos míos! ¡Malakoff y Sebastopol serán nuestros y viva el emperador!»

He aquí ahora la orden del día del general Mac-Mahón: «Soldados de la 1.ª división y zuavos de la guardia: Al fin vais á salir de vuestras paralelas para atacar al enemigo cuerpo á cuerpo. En este día decisivo, el general en jefe os ha confiado la misión más importante, cual es la de tomar el Redán de Malakoff, llave de Sebastopol. Soldados, todo el ejército tiene la vista fija en vosotros, y vuestras banderas, plantadas en los muros de esa ciudadela, deben responder á la señal dada por el asalto general; veinte mil ingleses y veinte mil franceses á la izquierda os prestarán su apoyo, cargando sobre ese lado de la plaza. Zuavos, cazadores, soldados de los regimientos 7.º, 10.º y 27.º de línea, vuestra bravura responde del éxito que debe immortalizar los números que os distinguen. Dentro de algunas horas el emperador notificará á Francia lo que pueden hacer los soldados de Alma y de Inkermann. Os daré la seña al grito de ¡Viva el emperador! Nuestro santo y seña será ¡Honor y Patria!»

Se han regulado los relojes, y el asalto comenzará á mediodía en punto. En un escaparate que contiene lo que podría llamarse las reliquias militares del

mariscal Mac-Mahón, su viuda ha colocado un reloj de repetición, en cuyo interior se leen estas palabras: «He dado la hora para el asalto de Sebastopol.»

El general Bosquet está en el centro de la sexta paralela; su banderín se ha bajado y es la hora de mediodía; los ochocientos cañones que truenan sobre Sebastopol enmudecen; los tambores redoblan y los clarines resuenan. «¡Ade-



El general Mac-Mahón en el año 1856

lante!» grita el general Bosquet, y el cuartel-maestre Rigodit levanta al punto su banderín, mientras que las tres divisiones Mac-Mahón, Dulac y La Motterouge salen de las trincheras á los gritos de «¡Viva el emperador!» El general Pelissier lo ha dicho: el momento es solemne.

La primera brigada de la división Mac-Mahón se lanza sobre Malakoff con el 1.º de zuavos á la cabeza, seguido del 7.º de línea, que lleva á su izquierda el 4.º batallón de cazadores de infantería. La anchura y profundidad del foso así como la elevación y la pendiente del declive dificultan extremadamente la ascensión; pero sin esperar las escalas los intrépidos franceses franquean el declive; los unos saltan por encima del parapeto y los otros pasan por debajo de las troneras. Entonces se traba una lucha terrible cuerpo á cuerpo, y á falta de fusiles, los rusos, sorprendidos, se valen de las azadas, de las piedras, de los escobillones y de todo cuanto encuentran á mano. Después de un combate encarnizado, el 1.º de zuavos, coronel Collineau, y el 7.º de línea, coronel Decaen, rodean

la torre y llegan hasta los primeros travesaños de la obra defensiva. El 1.º de zuavos planta su bandera en la muralla, y en aquel momento ocurre un hecho providencial para los franceses. Un centenar de rusos refugiados en las casamatas de la torre Malakoff han roto un fuego mortífero, y como se niegan á rendirse, se encienden faginas para sofocarlos con el humo á fin de obligarles así á deponer las armas; mas entonces se recuerda que los espías han dicho que todos los baluartes están minados. En su consecuencia se apagan las faginas apenas encendidas, y para conseguirlo mejor, se abren algunas zanjas junto á la torre, echando la tierra sobre las llamas. Al ejecutar este trabajo se descubren los hilos eléctricos preparados por los rusos para hacer volar la obra si los franceses penetran en ella; y este descubrimiento salva al general Mac-Mahón y á sus tropas.

El general se halla en Malakoff; pero ¡qué esfuerzos deberá hacer para quedarse allí! La segunda brigada de su división llega en su auxilio, y se compone de los regimientos 20.º y 27.º de línea al mando del general Vinoy.

En el momento en que las tropas del general Mac-Mahón se lanzaban sobre Malakoff, las divisiones La Motterouge y Dulac han atacado, una de ellas la Cortina, y la otra el Pequeño Redán; mas á pesar de su bravura heroica, su buen éxito no será más que pasajero.

Sin embargo, el general Pelissier se halla con su Estado mayor en el mame-lón Verde, que los franceses llaman también reducto Branción, por haber sido muerto allí el general de este nombre el 7 de junio, y al ver que el águila del 1.º de zuavos está plantada en la muralla de Malakoff, manda izar en el mame-lón Verde la bandera inglesa junto á los franceses. Es la señal convenida con el general Simpson para que las tropas de éste comiencen el ataque del Gran Redán.

Para llegar á este punto, los ingleses deben franquear un espacio de doscientos metros bajo una lluvia de metralla; el terreno queda muy pronto sembrado de cadáveres; la columna de ataque desciende al foso, que tiene cerca de cinco metros de profundidad, y escalada la escarpa, apodérase de la saliente del Gran Redán. Después de sostener durante dos horas un combate desigual, se decide á evacuarla; pero lo hace con tan firme actitud, que el enemigo no se atreve á perseguirla.

El ataque del Gran Redán duraba aún, cuando un poco antes de las dos una porción de cohetes disparados desde el observatorio francés, indica al comandante del primer cuerpo de ejército la orden de asaltar el baluarte Central. A pesar de la extremada energía de las tropas, este ataque no da mejor resultado que el del Gran Redán.

Son las dos y media, y los sitiadores serán rechazados en todos los puntos, excepto en Malakoff, donde la división Mac-Mahón no se sostiene sino á costa de prodigios de energía y de los más sangrientos sacrificios.

En aquel instante sobreviene una gran desgracia para el ejército: el general

Bosquet, que delante de Malakoff vigila el conjunto de las operaciones del segundo cuerpo, es herido gravemente por un casco de granada. Un cuadro de Iván, colocado en la galería de Versalles, ha representado á Bosquet en el ins-



El general La Motterouge

tante de caer herido, y de todos los oficiales que en ese cuadro figuran, como el general Mellinet, comandante de la división de la guardia imperial, el general de Cissey, el comandante de Rumford, el capitán de Dampierre, etc., tan sólo uno sobrevive, el ayudante de campo del general Bosquet, capitán Fay, que después llegó á ser general de división y jefe de cuerpo de ejército. Tengo el honor de ser amigo de este valeroso soldado, escritor militar de primer orden cuyas obras y conversaciones me han proporcionado datos preciosos.

Dejemos ahora la palabra á otro de nuestros amigos que el pintor Iván no comprendió en su cuadro, y que no obstante tenía derecho para que se le representara: era el capitán Bocher, oficial de órdenes del ilustre herido. «El ge-

neral Bosquet, dice, herido en el costado derecho, vacila, y hallándome muy cerca de él, le recibo en mis brazos. Por el sufrimiento que sus facciones expresan, por su palidez y sus quejas desgarradoras, le creí perdido. ¡Qué penosa impresión alrededor de nosotros! La pérdida de tal jefe en semejante momento podía comprometer el éxito. El valeroso herido tuvo aún fuerzas para informarse de todo y enviar aviso al general Pelissier, que estaba en el mamelón Verde, para que le reemplazase. Hasta algún tiempo después, cuando las fuerzas le abandonaron del todo, no consintió que se le retirase del campo de batalla. ¡Cuánto tiempo fué necesario para salir de las trincheras! Estaban obstruídas por defensores muertos y heridos, y era forzoso tomar mil precauciones, deteniéndose á cada paso, obedeciendo al general, que sufría cruelmente. Caminábamos á menudo separándonos de las trincheras, bajo una lluvia de fuego, y hasta la noche no pudimos llegar á nuestro cuartel general, donde se depositó al jefe en su barraca de tablas. Tan sólo allí pudo hallar un poco de alivio á sus mortales padecimientos.»

Antes de alejarse de la acción que tan bien había preparado, Bosquet tuvo la alegría de observar el progreso de las tropas del general Mac-Mahón, que habiendo recibido el socorro de la brigada Wimpfen y de los zuavos de la guardia, se mantenía victoriosamente en Malakoff á pesar de los esfuerzos encarnizados de los rusos para desalojar al enemigo.

Las tropas francesas triunfan en Malakoff; pero los rusos llevan la ventaja en la Cortina y en el Pequeño Redán. En aquélla la explosión de un depósito de pólvora blindado ha hecho grandes destrozos. La bandera del 91.º, sepultada bajo lo escombros, no se encontrará hasta el día siguiente entre las manos crispadas del oficial que la guardaba hasta en la muerte. El general de La Motte-rouge ha sido herido por un casco de bomba; en el Pequeño Redán los generales Varolles y Saint-Pol han muerto, y los generales Bourbaki, Bisson Mellinet y de Portevès están heridos, este último mortalmente. La división Dulac, que había tomado desde un principio la obra defensiva, se ve obligada al fin á evacuarla.

En el ataque del baluarte Central, frustrado igualmente, los generales Rivet y Bretón han sido muertos y el general Trochu herido. Las tropas del primer cuerpo, siempre llenas de ardimiento, se disponen á comenzar de nuevo el ataque, cuando el general en jefe envía al general de Salles orden de no empeñarse más. Entonces las baterías de sitio, silenciosas desde mediodía, vuelven á comenzar su tarea, y así delante de la ciudad, como del Grande y Pequeño Redán, el bombardeo prosigue su curso otra vez.

Todos los esfuerzos se concentran ahora sobre Malakoff, que es preciso conservar á toda costa. Llegan importantes refuerzos: el tercero de zuavos, el 50.º de línea, los tiradores de la guardia y los argelinos; pero los rusos tratan de hacer una tentativa suprema, desesperada. Formados en tres compactas columnas, atacan tres veces el desfiladero de la obra; pero otras tantas deben retirarse ante la fir-



Toma de Malakoff

meza de los franceses. Después de esta última lucha, que termina á eso de las cinco de la tarde, parecen resueltos al fin á renunciar á la defensa.

El general Pelissier, que acaba de ver junto á sí á su ayudante de campo el coronel Cassaigne herido de muerte, sigue ocupando el mamelón Verde, y desde allí divisa en lontananza, al declinar el día, un gran movimiento en el puente de barcas que une la orilla Norte con la del Sud de la rada de Sebastopol: grupos de hombres y filas de coches se suceden de continuo, y siempre en la dirección Norte. ¿Son convoyes de heridos, ó coches que van á cargar municiones? No, es el cuerpo compacto de los rusos que abandonan toda la parte Sud de la ciudad para refugiarse en el lado Norte de la rada.

La noche ha cerrado ya: los aliados no saben aún si la lucha comenzará de nuevo al día siguiente; pero á media noche se oyen numerosas explosiones en Sebastopol; se ven volar sucesivamente las baterías de la Punta, la casa en Cruz, el Pequeño Redán, el Gran Redán, el baluarte del Mástil, el Central, y todas en fin excepto Malakoff, donde los franceses se han salvado por el descubrimiento providencial del hilo eléctrico que se pudo cortar á tiempo. El descalabro en el Pequeño Redán, en la Cortina, en el Gran Redán y en el baluarte Central solamente había impedido que las tropas fuesen víctimas de la explosión. Los rusos están resueltos á no dejar á los vencedores más que ruinas: los polvorines, los almacenes, los fuertes, todo vuela con estrépito; es un incendio gigantesco, como el de Moscou en 1812. Al salir el sol el 9 de septiembre, ilumina aquella obra de destrucción. El puente de barcas está replegado; los rusos han sumergido cuanto quedaba de su flota del mar Negro, y ni aun han perdonado el *Emperatriz María*, aquel magnífico buque que el almirante Nakhimoff tripulada en la batalla de Sínope. Tan sólo han conservado los vapores que se llevaban los últimos fugitivos, y algunos rusos exaltados tratan aún de pegar fuego á toda la ciudad; pero muy pronto esos pocos hombres, así como los vapores, deben alejarse forzosamente, para buscar un refugio en la orilla Norte de la rada. Todo Sebastopol estaba tomado, excepto aquella orilla que debía quedar para los rusos.

«El 10 de septiembre, ha dicho el general Fay, el general Bazaine fué nombrado comandante general de la plaza con una brigada de infantería, y se convino en que los franceses ocuparan la ciudad y los ingleses el arrabal, debiendo enlazar un puente de barcas estas dos partes de Sebastopol. Sin embargo, esta ocupación sería muy pronto difícil, á causa de las numerosas baterías que el enemigo estableció inmediatamente en toda la orilla Norte de la rada; y para responder y destruir los almacenes enemigos se hizo necesario emplazar otras baterías en la orilla Sud, con caminos cubiertos para apoderarse de aquellas posiciones. El segundo invierno se pasó así, cruzándose continuamente bombas y proyectiles, que por fortuna no produjeron gran efecto.»

Dejemos ahora la palabra al general en jefe: «Así se ha terminado, dice en su informe del 14 de septiembre de 1855, este sitio memorable, durante el cual

el ejército de reserva fué batido dos veces en batalla campal, aunque sus medios de ataque y defensa alcanzaron proporciones colosales. El ejército sitiador tenía emplazados en baterías, en los diversos ataques, unos ochocientos cañones, que han hecho más de un millón seiscientos mil disparos, y nuestros caminos cubiertos practicados durante trescientos treinta y seis días de trinchera en terreno pedregoso, que presentaba una extensión de más de ochenta kilómetros, habían sido ejecutados bajo el fuego continuo de la plaza y á costa de incesantes combates de día y de noche. El 8 de septiembre, en cuya fecha los ejércitos aliados dieron cuenta del de los rusos, casi igual en número, atrincherado detrás de obras defensivas admirables provistas de mil cien cañones, protegido además por la artillería de la escuadra y de las baterías del Norte de la rada y disponiendo de recursos inmensos, se recordará como un día memorable, como un ejemplo de lo que se puede esperar de un ejército valeroso, disciplinado y aguerrido.»

Las pérdidas de los rusos en la jornada del 8 se habían elevado á doce mil novecientos trece hombres, entre los cuales se contaban dos mil novecientos setenta y dos muertos. El ejército francés había tenido ciento cuarenta y cinco oficiales muertos, doscientos cincuenta y cuatro heridos, mil cuatrocientos ochenta y nueve subalternos y soldados muertos, cuatro mil doscientos cincuenta y nueve heridos y mil cuatrocientos desaparecidos, sumando en total siete mil quinientos sesenta y siete hombres fuera de combate; el ejército inglés trescientos ochenta y cinco muertos, mil ochocientos ochenta y seis heridos y ciento setenta y seis desaparecidos; la brigada sarda cuatro muertos y treinta y seis heridos.

Ahora que Francia y Rusia han llegado á ser íntimas aliadas y que los rusos han recobrado toda su antigua posición en Sebastopol y en el mar Negro, ¿no podemos preguntarnos de qué han servido tantos heroicos esfuerzos, tantos sublimes sacrificios y tan horribles hecatombes? ¡Ay de mí, qué cara cuesta la gloria, sin que con frecuencia aproveche para nada!